

Pedro M. Cátedra & Anastasio Rojo, *BIBLIOTECAS Y LECTURAS DE MUJERES, SIGLO XVI*, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, Salamanca, 2004

[Reseña]

Una muchedumbre de lecciones pueblan este admirable libro, que hasta en sus declaraciones más obvias parece contener una voluntad de renovación y en el hecho de no evitarlas servirse de una conveniencia argumental para llegar más lejos en lo que se daba por sabido. «La relación entre la mujer y el libro es una evidencia que va desde la Edad Media hasta la época de la máxima aculturación tipográfica urbana», se nos dice en la página 86. Y a tan tímida altura, en una obra cuyo discurso supera las doscientas -a las que se añaden otras tantas de contenido documental-, ya están los ánimos del lector ganados para entender que acaso hasta la publicación de este volumen la familiaridad de las mujeres y los libros era un lugar común cómodamente alegado pero precariamente descrito. Porque -y esto sí es una evidencia- nadie nos había ilustrado con tanta amenidad, con tanta intención de representar las maneras lectoras de un siglo y con tanta pericia sobre los sutiles modos de ser amigos los libros y las mujeres en un mundo, no lo olvidemos, hecho a la medida de los hombres que lo gobernaron con sus leyes y lo llenaron con sus libros. Algunos de ellos bien hostiles con la condición lectora de la mujer. «Sepa ella muy bien usar de una aguja, de un hueso y una rueca, que no á menester usar de una pluma», exigía Pedro Sánchez en su *Árbol de consideración y vana doctrina* (Toledo, Juan Rodríguez, 1584, fol. 127v). Y recordemos ahora que casi un siglo después, Saavedra Fajardo vuelve a iluminar, siquiera matizado por un sesgo humorístico, el juicio más común que suscitan las mujeres letradas: «...doblé una esquina, y vi. salir de su casa à Sapho, las faldas en mano, huyendo de la ira de su padre; detubele, y diome muchas quejas de su hija, que divertida en hazer versos avía olvidado los oficios, y ejercicios caseros de coser, y hilar, que es la ciencia mas digna, y propia de las mugeres, a quien deben aplicar toda su atención, y gloria, y no à los estudios, que distraen sus animos, y vanamente presuntuosas de lo que saben, procuran las conferencias, disputas con los hombres, olvidada[s], de su natural recogimiento, y decoro, con evidente peligro de su honestidad» (*República literaria*, Amberes, J. B. Verdussen, 1678, págs. 31-32). De modo que la virtud expositiva de este libro, su revelación del contexto sociocultural de la lectura, bien puede dilatarse hasta entrar en el siguiente siglo por más que su cifra se excluya del título. Una inercia que no parece prevalecer con tanta paridad en lo que respecta al espacio de los libros, su lugar o su orden, examinados en una preciosa indagación (págs. 183-211) que busca en las pinturas de Metsys y Campin, de Van Eyck y Ghirlandaio, de Carpaccio y Christus la evolución de un hábito venerable: la lectura en ámbitos retirados, la lectura arropada de recogimiento y de mobiliario piadoso que tiene su referente en la propia Virgen, de la que dicen las Escrituras que fue educada en el templo. Lo cual suscita una valiosa reflexión, anticipada por Cátedra en su estudio sobre la biblioteca de don Alonso Osorio, marqués de Astorga (Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002): la coincidencia iconográfica medieval en la pintura de los ambientes femeninos reservados a la lectura hace pensar, tanto como en una tradición pictórica, en la dependencia de la idea de tesoro que acompaña al libro y a su reclusión en alcobas y oratorios píos. A

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, X, 39 (octubre-diciembre, 2004)

medida que se supera ese límite espacial, una tendencia notable a partir de los primeros años del XVII, los viejos espacios del libro pasan a convertirse en bibliotecas «modernas» o de representación.

Gracias a libros como el acabado por Cátedra y Rojo, que distraen documentación copiosa de los archivos y la saben exponer en toda su posibilidad cultural con el auxilio de la iconografía de la época, de la literatura de aquel siglo y de la erudición más exigente del nuestro, llegamos a percibir el mundo y sus matices. Por ejemplo, que Juana Dantisca y también Cecilia de Sa pudieron hacer buenos los preceptos de la aguja moralista y usarla como pluma sobre un bastidor para hilar letras. Debió de ser frecuente esta escritura tangencial que felizmente congraciaba a la descarriada escritora con la virtuosa costurera. La virtud del libro está en que la mención no parezca una anécdota agradable, una más en la generosa nómina de noticias que caben en estas páginas. Porque ya se ha sembrado suficiente erudición y suficiente amparo de letras documentales para que cada gesto esté lleno de sentido histórico y el lector se sienta tentado por las aventuras cultas, por la delicadeza de la imaginación que sugeriría el nombre de Penélope por encima del de Juana. Y esa evocación basta para que la anécdota sea trascendente y entendamos que lo que se nos ofrece no es una curiosidad sino una ilustración documentada, más que literaria, de esa costumbre mítica que ha hecho de la mujer secreta depositaria de saberes que no le estaban reservados. Precisamente la inspiración documental de este libro es el que confiere fiabilidad científica a todas las informaciones. Se trata de una fortuna que habita más que en los porcentajes y en los gráficos que se nos ofrecen, en la atinada manera de llegar hasta las cifras. Una infrecuente sociedad de conocimiento, reparo con las deducciones categóricas o exclusivas y amena escritura permiten que los doscientos inventarios estudiados no sean un salvoconducto de la razón abusivamente exhibido para dar crédito a todas las conclusiones.

Bibliotecas y lecturas de mujeres, siglo XVI es lo que su título predica y mucho más. Cada noticia viene acompañada de un comentario que, o bien es una cautela que favorece el rigor con que debemos acatar los resultados que pueden derivarse de manejar fuentes tan inconstantes como los inventarios (véanse al respecto las necesarias salvedades incluidas en las páginas preliminares y, periódicamente, a lo largo del libro), o bien se ofrecen palabras que son toda una sugestiva propuesta de investigación que permite vislumbrar futuras exégesis. Es como si el libro no dejara de crecer entre líneas y se proyectara en la inquietud de próximos investigadores. Las posibilidades parecen tan generosas como las revelaciones que contiene el libro: desde la teoría más o menos hostil sobre la alfabetización femenina en la época hasta la extracción social de las lectoras, desde la consideración -o tal vez la conveniencia de olvidarla- de términos cuantitativos como biblioteca, o de definiciones siempre inseguras sobre posesión o bibliofilia, hasta la existencia real de bibliotecas «de mujeres»; desde la influencia de la censura inquisitorial a partir del último tercio del siglo XVI en la selección de los títulos que aparecen en las librerías privadas, hasta la incidencia que las lecturas femeninas -y no descuidemos que leen textos escritos por hombres- pudieron tener en su propia escritura creativa, acaso no menos consciente en un billete amoroso, o en una letra de cortesía que en una novela de Caballeros andantes, a la manera del *Cristalián* de Beatriz Bernal, o de amores ejemplares, como los *Desengaños* de María de Zayas.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, X, 39 (octubre-diciembre, 2004)

El ensayo de Cátedra y Rojo es, pues, una indagación sociológica en el Antiguo Régimen, un fresco cuyo argumento es la identidad y la condición de las lectoras y cuyo escenario son los recintos familiares que nos evocan desde un arca donde guardar libros entre paños hasta un cuarto donde se ejerce la lectura con recogimiento. Y es una recuperación paciente de objetos y gestos cotidianos, de doctrina antigua sobre los peligros de ser lectora y de títulos victoriosamente leídos. Es, por tanto, también una posibilidad de ensayar un canon de lecturas. Y aquí vuelve a probarse que la evidencia de dar por seguro que lo que leían las mujeres eran libros de piedad procedía de un conocimiento acomodado y parcial. Ha bastado aumentar significativamente el número de las fuentes visitadas para matizar esta verdad, para saber que junto al *Contemptus mundi* o al *Flos sanctorum* o a la *Vita Christi* del Cartujano, títulos reiterados en un buen número de bibliotecas, doña María de Pinedo tuvo, y acaso leyó, unas *Elegantiae* de Valla, y Mencía de Villegas una *Celestina*, que, por lo demás, era su único libro, y Juana de Gatos otra, además de la *Araucana* y las *Sátiras* de Persio y Juvenal, e Isabel de Santisteban, por no seguir, la *Commedia* de Dante.

No es excesivo suponer que indagaciones como la comentada dan incluso disculpa para novelar, tal es su grado de sugerencia y detalle. Eugene O'Neill enumeró una biblioteca para que imaginásemos el carácter de su propietario en *Largo viaje hacia la noche*. Y Pushkin, en *La ventisca*, concluyó que su personaje María Gravilovna, por haberse educado leyendo novelas francesas, vivía eternamente enamorada. No es nuevo, pues, este reclamo de las lecturas para ensayar retratos psicológicos en la ficción. Pero a lo mejor es la primera vez que podemos atrevernos a imaginar, sin otro esfuerzo que el recurso a la página 270 de *Bibliotecas y lecturas de mujeres*, los pasos de doña Eufrosia de Arteaga, viuda de Pedro de Carrión, escribano y receptor de Chancillería, camino del camposanto con un verso de las *Metamorfosis* de Ovidio en la memoria para meditar junto al mármol que nada en este mundo permanece como fuera menester. Ni siquiera lo que creíamos saber sobre los gustos femeninos en cuestión de libros.

Contenido: Preliminar, págs. 11-14. I. El espacio y las personas, págs. 15-38. II. Lectura de mujeres, págs. 39-67. III. Bibliotecas y libros de mujeres, págs. 69-108. IV. Lecturas de mujeres, págs. 109-182. V. El lugar o el orden de los libros, págs. 183-211. Inventarios: [1529-1560], págs. 215-274; [1561-1599], págs. 275-402. Apéndice de los inventarios, págs. 403-405. Bibliografía, págs. 407-429. Índice onomástico y de obras anónimas, págs. 431-461.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, X, 39 (octubre-diciembre, 2004)